

“Nuestro amigo y distinguido *sportman* Dámaso Salcede, sale para hacer un viaje de recreo por Italia. Deseamos al elegante *touriste*, toda clase de prosperidades en su hermosa excursión al país del canto y de las artes..

XV

Ega, que había ido á comer en la calle de San Francisco, se detuvo en el corredor buscando la petaca en los bolsillos del gabán; entró luego en la sala y preguntó á María, sentada al piano:

—¿De modo que definitivamente no viene al baile de la Trinidad?

Ella se volvió para decir, perezosamente, á la par que arrancaba al piano las notas de un vals lento:

—No me interesa y estoy además muy cansada...

—Sí, es aburrido—murmuró Carlos.

Ega protestó. También era pesado subir á las pirámides de Egipto; pero sin embargo, se sube, porque no todos los días le es dado á un cristiano trepar á un monumento que tiene cinco mil años de existencia. Y María podría ver en aquel baile, por diez tostones, una cosa rara, el alma sentimental de un pueblo, exhibiéndose en un palco, desnuda á un tiempo y con frac.

—Vaya, valor; un sombrero, un par de guantes y andando.

Ella sonreía, quejándose de fatiga y pereza.

—Bien—exclamó Ega,—es preciso apresurarse, porque no quiero perder la lectura de Rufino; date prisa, hombre.

Carlos imploró clemencia.

—¡Un momento! Deja que María toque una nota del Hamlet. Tenemos tiempo. Rufino y Alencar y los buenos, sólo gorgean más tarde.

Entonces Ega se enterró en el sofá, escuchando la canción de *Ofelia*, de la que María murmuraba las tristes palabras:

Pâle et blonde,
Dort sous l'eau profonde...

Ega adoraba aquella antigua balada escandinava. Pero lo que más le encantaba era María, que nunca le pareció tan bella. El vestido claro que llevaba aquella noche la modelaba con la perfección de un mármol; y entre las velas del piano que le ponían un trazo de luz en el perfil puro y tonos de oro en el cabello, la incomparable blancura de su piel ganaba en esplendor y belleza. Todo en ella era armonioso, sano, perfecto. Cuán delicioso debía ser el ardor de su pasión transformando aquella serenidad de su forma. Carlos era positivamente el hombre más feliz del reino. Era rico, inteligente, fuerte como un roble joven; pasábase la vida adorando y adorado, nunca conoció la dispepsia. Era un sér verdaderamente dichoso.

—¿Quién es ese Rufino?—preguntó Carlos cuando María acabó la canción de *Ofelia*.

Ega no sabía. Le dijeron que era un diputado, pero que valía mucho.

María, que buscaba los nocturnos de Chopin, se volvió.

—¿Es ese gran orador del que hablaban ustedes en la *Casita*?

¡No, no! Ese era otro, un amigo de Coimbra, José Clemente, hombre de elocuencia y de ideas... Rufino era diputado por Monzano y sublime en el arte de soltar, en voz teatral y profunda, combinaciones sonoras de palabras.

—¡Detesto esto!—murmuró Carlos. A María también se le atragantaba un sujeto que charlara sin ideas, como un pájaro en las ramas de un árbol.

—Conforme las ocasiones—observó Ega.—Un vals de Strauss tampoco tiene ideas, y de noche, con mujeres en una sala, es delicioso.

No, no, María estimaba que la palabra humana debe servir para expresar ideas. La música habla á los nervios. Si se canta una marcha á un chiquillo, se ríe y canta.

—Y si le lees una página de Michelet—concluyó Carlos—el angelito se aburre.

—Sí, tal vez—asintió Ega.—Todo eso depende de la latitud y de las costumbres. No hay inglés, por más culto que sea, que no sienta un flaco por la fuerza, por los atletas, por el sport. Nosotros, los meridionales, aun cuando críticos, nos pirramos por un discursito. A mí, en cuanto veo mujeres, luces y gente de frac, me dan ganas de oír un trozo de retórica.

Y despierto ya el apetito, se levantó para volar á Trinidad, temiendo perder á Rufino.

Carlos le detuvo aun, diciéndole:

—Espera, he descubierto algo mejor. Damos la fiesta aquí. María toca Beethoven, nosotros declamamos Musset, Hugo, los parnasianos; tenemos al padre Lacordaire, si te apetece elocuencia; y se pasa la noche en una hermosa orgía de ideal.

—Y tenemos mejores sillones—afirmó María.

—Y mejores poetas—aseguró Carlos.

—¡Buenos cigarros!

—¡Buen cognac!

Ega levantó los brazos al aire, desolado. ¡He ahí como se pierde un ciudadano, impidiéndole proteger las letras patrias, con promesas pérfidas de tabaco y bebidas!

Había otra razón para ir al baile. Cruges tocaba una de sus *Meditaciones de Otoño*. Era necesario aplaudir á Cruges.

—No digas más—gritó Carlos dando un salto en la poltrona.—¡Me olvidaba de Cruges! ¡Vámonos!

Y después de besar la mano á María, los dos, sorprendidos por la belleza de aquella noche de invierno, tan clara y templada, andaban por la calle. Carlos se volvió dos veces para mirar las ventanas iluminadas.

—Me alegro—exclamó—de haber venido á la ciudad. Aquí por lo menos, podemos reunirnos para charlar un rato sobre literatura.

Quería arreglar la sala con mayor gusto, disponer la salita de al lado para *fumoir* y señalar un día fijo para que los amigos viniesen á cenar. Así se realizaba su viejo sueño de un cenáculo intelectual. Además de eso, había que publicar la *Revista*, que era la suprema francachela intelectual. Todo aquello anunciaba un invierno *chic*, como decía el difunto Dámaso.

—Todo esto—resumió Ega—es civilizar al país. Vaya, chico, estamos hechos unos grandes ciudadanos.

—Si me quisieren levantar una estatua—dijo Carlos riendo—que sea aquí, en la calle de San Francisco. ¡Qué hermosa noche!

Se detuvieron á la puerta de la Trinidad, en el momento en que se apeaba de un coche de plaza un sujeto de barbas de apóstol, vestido de luto, con sombrero de anchas alas. Pasó junto á los dos amigos sin verlos. Pero Ega lo reconoció.

—Es el tío de Dámaso, el demagogo.

—Y según Dámaso, uno de los borrachos de la familia—recordó Carlos riendo.

De pronto, en el salón, estallaron grandes aplausos. Carlos, que daba el gabán al portero, temió que fuese ya Cruges. Estos son aplausos de oratoria.

Y en efecto, cuando llegaron á la antesala, oyeron un vozarrón de garganta que arrastraba las vocales invocando desde el fondo del estrado “el alma religiosa de Lamartine.”

—Es Rufino; ha estado soberbio—murmuró Telles de Gama, que no pasó de la puerta, con el cigarro escondido tras de la espalda.

Carlos, sin curiosidad, se quedó junto á Telles; pero Ega, flaco y desmadejado, se deslizó entre el público. Se veía en el salón la flor y nata de la gente del Gremio, del café de la Habana, de los clubs de sport y las señoras más notables de Lisboa por su belleza, por su dinero ó por los escándalos de su vida. Ega vió al señor Sousa Netto pensativo, sosteniendo con dos dedos su cara demacrada, de barbala; Gonzalo, con su pelo alborotado; el marqués con una bufanda de seda blanca. En el anfiteatro se veía una fila de señoras con vestidos claros y detrás otra de caballeros, entre los cuales estaba Neves, el nuevo consejero, grave, cruzado de brazos, con

un capullo de camelia en el ojal del frac mal cortado.

El gas sofocaba vibrando en aquella sala clara, de un tono amarillento. De cuando en cuando se oía un golpe de tos de catarro, ahogado por el pañuelo. En el extremo de la galería, en un palco, con damascos de color de cereza, había dos sillones de respaldo dorado que permanecían vacíos en la solemnidad real de su terciopelo escarlata.

Entre tanto, Rufino, muy moreno, con una gran perilla, extendía los brazos, celebraba un ángel "el *Angel de la Caridad* que entreviera allá en lo azul, batiendo sus alas de raso..." Ega no comprendía bien, embutido entre un viejo que goteaba de sudor y un alférez de lentes oscuros. Por fin no se contuvo.

—¿De qué habla?—preguntó.

El viejo le informó con el rostro inflamado por el entusiasmo.

—Habla de la caridad y del progreso. Ha estado sublime... ¡Lástima que ya acaba!

Parecía, en efecto, la peroración... Rufino se limpiaba lentamente la cabeza. Después, volviéndose hacia las sillas reales, en un impulso ardiente de inspiración, lo cual hizo que el cuello de la camisa perdiese su natural equilibrio, volvió á tener un arranque de elocuencia. Rufino estaba exaltando á una princesa que dió seiscientos mil reis para los inundados de Riba Teja. Pero no era sólo esa soberbia limosna lo que deslumbraba á Rufino, porque él "como todos los hombres educados por la filosofía y que tienen la verdadera orientación mental de su tiempo, veía en los grandes hechos de la historia, no sólo su belleza poética, sino su influencia social. La multitud sonreía simplemente entusiasmada por la incomparable poesía de la mano calzada con fino

guante que se extiende hacia el pobre. Pero él, filósofo, preveía ya brotando de aquellos delicados dedos de la princesa, un resultado más profundo y hermoso... ¿Cuál, señores? El renacimiento de la fe."

De pronto, un abanico que cayó del anfiteatro arrancando un alarido á una señora gorda, produjo una corta emoción. Algunos caballeros indignados, gritaron: ¡Silencio! ¡Fuera!

De los sillones de enfrente surgió el rostro ministerial de Gouvarinho, inquieto por el orden, con los lentes brillándole duramente. Entonces, Ega buscó á su lado á la condesa y la vió al fin más lejos, con su sombrero azul entre la de Alvim y la baronesa de Craben. Calló todo rumor y Rufino, que había mojado los labios en la copa, adelantó un paso, sonriendo, con el pañuelo en la mano:

—Decía, señores, que dada la orientación mental de este siglo...

Ega no pudo resistir más. Se le antojaba que aquel viejo gordo olía mal.

—¿Imaginabas tamaña estupidez?

—¡Horroroso! ¿Cuándo tocará Cruges?—preguntó Carlos.

Ega no lo sabía; todo el programa estaba alterado.

—¡Allí tienes á la Gouvarinho. Está á la derecha, vestida de azul... Quisiera ver vuestro encuentro.

Ambos se volvieron, oyendo cecear detrás de ellos un *bonsoir, messieurs*. Bran Steinbroken y su secretario, espetados y graves. Inmediatamente Steinbroken se quejó de la ausencia de la Real Familia...

—El señor de Castanhede, que está de servicio, me había asegurado que vendría la Reina. ¡Es lástima!... Y don Alfonso de Maia ¿siempre templado?

—Gracias...

En la sala reinaba gran silencio. Rufino, con el

ademán de quien traza en un lienzo líneas majestuosas descubría la paz de una aldea, de la aldea en que naciera, al ponerse el sol. Su vozarrón se velaba, enternecido, muriendo en un rumor de crepúsculo.

Entonces Steinbroken sutilmente tocó en el hombro á Ega. Quería saber quién era aquel gran orador... ¡Ega afirmó con patriotismo que era uno de los mejores oradores de Europa!

—¿De qué género?

—¡Género sublime, género Demóstenes!

Steinbroken enarcó las cejas con admiración. Habló en finlandés con su secretario y ambos con el clic bajo el brazo, quedaron escuchando en espera de lo sublime.

Rufino entre tanto, con los brazos pendientes, confesaba una fragilidad de su alma. A pesar de la poesía ambiente de su aldea natal, donde la violeta en cada prado, el ruiseñor en cada árbol hablaban de Dios, sintióse punzado por la espina del ateísmo! Sí, cuantas veces al caer de la tarde, cuando las esquilas de la vieja torre lloraban en el aire el Ave María y cantaban en el valle las alondras, él pasó junto á la cruz del término y del cementerio, mirándolas de reojo, cruelmente, con la sonrisa fría de Voltaire! Un largo estremecimiento de emoción sobrecogió á todos; voces sofocadas murmuraban: "¡muy bien! muy bien!,"

En tal estado, mientras le davoraba la duda, Rufino oyó un grito de horror que partía de todos los ámbitos de Portugal. ¿Qué sucedía? Era que la naturaleza atacaba á sus hijos. Y extendiendo los brazos, como quien lucha contra una catástrofe, Rufino pintó una inundación... Aquí se hundía una casita, nido florido de amores; allí en la quebrada, se oía el balar lloroso del ganado; más lejos, las negras

aguas arrastraban juntamente un capullo de rosa y una cuna!...

Los bravos resonaron profundos y roncós, lanzados por pechos jadeantes.

Rufino sonreía, bebiendo esta conmoción que era obra de su verbo. Después, respetuosamente, volvióse hacia los sillones reales solemnes y vacíos...

Viendo que la cólera de la naturaleza rugía implacable, levantó los ojos hacia el natural amparo, hacia el alto sitio de donde proviene la salvación de los pueblos, hacia el Trono de Portugal! Y de repente, deslumbrado, vió tenderse por sobre su cabeza, las alas blancas de un ángel! ¡Era el Ángel de la Caridad, señores! ¿De dónde venía? ¿De dónde recibió la inspiración de caridad? ¿De dónde salía así, con sus cabellos de oro? ¿De los libros de ciencia? ¿De los laboratorios químicos? ¿De esos anfiteatros de anatomía donde se niega cobardemente el alma? ¿De las secas escuelas de filosofía que hacen de Jesús un precursor de Robespierre? No. ¡El se atrevió á interrogar el ángel, con sumisión, rodilla en tierra! Y ese ángel de la Caridad, señalando el espacio divino murmuró: "¡Vengo de allí!,"

Entonces por los bancos apiñados, corrió un susurro de admiración. Era como si el techo se abriese y los ángeles cantasen en alto. Un estremecimiento devoto y poético conmovió á las señoras.

Rufino aseguraba su altiva certidumbre en la existencia del alma. ¡Sí, señores! Desde entonces, la duda fué en él como la niebla que el sol deshace en el aire, y ahora á pesar de todas las ironías de la ciencia, á pesar de los escarnios orgullosos de un Renán, de un Littré, de un Spencer, él, que recibiera la confidencia divina, podía allí, con la mano sobre el corazón, afirmar muy alto y muy claro que había un cielo!

—¡Es verdad!—mugió en su sillón un cura se-
bacio.

Y todos los caballeros que había en el salón, todos los elegantes del Chiado y del Gremio, berreaban, aplaudían y afirmaban soberbiamente la existencia del cielo! Ega que reía, divertido, oyó á su lado un sordo rugido de cólera. Era Alencar, de gabán y corbata blanca, retorciéndose sombríamente el bigote.

—¿Qué te parece, Tomás?

—¡Da asco!—masculló sordamente el poeta.

Temblaba de indignación. En una noche de aquellas, toda de poesía, cuando los literatos debían mostrarse como son, hijos de la democracia y de la libertad, aquel bellaco se entretenía en lamer los pies de la familia real.. ¡Era simplemente asqueroso!

Allí en el fondo, junto á las gradas del tablado, había un tumulto de abrazos, de cumplidos, en torno de Rufino, que relucía de orgullo y de sudor. ¡Oye! dijo el poeta á Ega; justamente te buscaba. Guimaraes, el tío de Dámaso, me pidió ser presentado á ti. Dice que se trata de una cosa seria, muy seria... Está abajo en el café, tomando un *grog*.

Ega pareció sorprendido... ¿Una cosa seria?

—¡Bien! Vamos á tomar también un *grog*. ¿Y tú, qué recitas, Alencar?

—La democracia—dijo el poeta con cierta reserva.—Una cosita nueva, ya verás... Son algunas verdades duras, dirigidas á esa burguesía...

Estaban en la puerta del café y precisamente salía el señor Guimaraes, con el sombrero sobre los ojos, el cigarro en la boca y abrochándose la levita.

Alencar hizo la presentación con gravedad inmensa:

—Mi amigo Juan de Ega... Mi viejo amigo Gui-

maraes, uno de los nuestros, un veterano de la Democracia.

Ega se acercó á una mesa, alargó cortesmente una silla al veterano de la democracia y quiso saber qué prefería: cognac ó cerveza.

—Acabo de tomar mi *grog* de guerra,—dijo el señor Guimaraes con sequedad—ya no bebo más durante la noche.

Un compañero limpiaba la mesa. Ega pidió cerveza. Directamente, tirando el cigarro, pasando la mano por las barbas para hacer resaltar la gravedad del rostro, el señor Guimaraes, empezó con lentitud y solemnidad.

—Soy el tío de Dámaso Salcede y pedí á mi viejo amigo Alencar para intimarle á que me mire bien y que me diga si tengo cara de borracho...

Ega comprendió y le atajó en seguida con franqueza y cortesía:

—Usted se refiere sin duda á una carta que su sobrino me escribió...

—¡Carta que usted dictó! Carta que usted le obligó á firmar.

—Me lo juró él, señor.

Alencar intervino.

—¡Hablen bajo, qué diantre! Esta es tierra de curiosos...

El señor Guimaraes tosió y acercó más la silla á la mesa. Había estado, contó, algunas semanas, fuera de Lisboa. No vió á su sobrino, porque únicamente por necesidad hablaba con aquel imbécil. La víspera en casa de un antiguo amigo de Paz Forte, vió por acaso en el *Futuro*, un diario republicano, la carta del sobrino. ¡Imagine el señor Ega su furor! Allí mismo, en casa de Forte, escribió á Dámaso, poco más ó menos en estos términos: "Leí tu infame declaración. Si mañana no haces otra en todos

los periódicos diciendo que no tuviste intención de incluirme entre los borrachos de tu familia, voy ahí y te rompo los huesos uno por uno. Tiembla.» Esto le escribió. ¿Sabía el señor Juan de Ega cuál fué la respuesta de Dámaso?

—Aquí la tengo, es un documento humano, como dice el amigo Zola. Gran papel, monograma de oro, corona de conde. ¡Si será asno! ¿Quiere usted que la lea?

Ega dijo que sí y él mismo leyó lentamente y subrayando: “Querido tío: La carta de que usted habla „fué escrita por don Juan de Ega. Yo no era capaz „de tal desacato á nuestra querida familia. Fué él „quien me agarró la mano y á la fuerza me hizo fir- „mar. ¡Fué un lazo que me tendieron mis enemigos! „Ya sabe usted que le quiero, querido tío, y el año „pasado si hubiera sabido á punto fijo su dirección „en París, le hubiera enviado media pipa de vino de „Collares: no se enfade, pues, conmigo. ¡Busque, si „quiere, á ese Juan de Ega que me perdió! ¡Pero crea „que he de vengarme de una manera sonada! Aun „no he decidido cómo; pero en todo caso, nuestra fa- „milia quedará sin mancha, porque yo nunca per- „mití que se jugase con mi dignidad. Si ya no lo he „hecho antes de partir para Italia, si no pugné por „mi honra, es porque hace días tengo una tremenda „disentería y las piernas no me quieren llevar.”

¿De modo que se ríe usted, señor Ega?

—Pues qué quiere usted que haga—balbució Ega al fin, sofocado, con los ojos llenos de lágrimas.— Yo me río, se ríe Alencar, se ríe usted mismo. ¡Esto es extraordinario! Esa dignidad, esa disentería...

El señor Guimaraes, embarazado miró á Ega, y al poeta que refunfuñaba retorciéndose el bigote, y terminó por decir:

— Con efecto, la carta es de una caballería... Pero el hecho existe...

Entonces Ega, apeló al buen sentido del señor Guimaraes, á su experiencia de las cuestiones de honra. Comprendía el que dos caballeros, yendo á desafiar á otro en su casa, le cojan por la muñeca, y le obliguen violentamente á firmar una carta en que se declara borracho.

El señor Guimaraes, conquistado por aquella deferencia, confesó que en París, por lo menos el caso sería poco natural.

—¡Y en Lisboa, señor! ¡Qué diantre, esto no es Cafrería! Dígame el señor Guimaraes otra cosa, de *gentleman* á *gentleman*: ¿Cómo considera á su sobrino? ¿Como un hombre irrepreensiblemente veraz?

El señor Guimaraes, alisándose las barbas declaró con lealtad:

—¡Un mentiroso de primera fuerza!

—Ya ve usted—gritó Ega triunfando.

De nuevo Alencar intervino. Aquella cuestión parecióle satisfactoriamente acabada. Sólo faltaba que los dos se apretasen la mano como buenos demócratas. Ega sonreía, tendía la mano al señor Guimaraes. Pero el viejo demagogo, con la cara aun nublada, propuso que don Juan de Ega, declarase que él, Guimaraes, no tenía la cara de borracho.

—¡Querido señor!—exclamó Ega.—¡Muy al contrario! ¡Tengo el mayor placer en declarar delante de Alencar y á los cuatro vientos que me parece un perfecto caballero y un buen patriota!

Entonces se estrecharon las manos. Guimaraes declaró á Ega que celebraba haber hecho su conocimiento y que si algo se le ocurría podía escribirle á su nombre, á la redacción del *Rappel*.

Alencar les dejó y los dos abandonaron el café trocando impresiones de la fiesta. El señor Guima-

raes aborrecía la mogigatería de Rufino. Cuando le oyó hablar de las alas de la princesa y de la cruz del término, estuvo á punto de gritar:

—¿Cuánto te pagan por esto, miserable?

De repente Ega se detuvo en la escalera quitándose el sombrero.

—¿Ya nos abandona la señora baronesa?

Era la Alvim que bajaba despacio y se quejaba de dolor de cabeza á pesar de lo mucho que le había gustado Rufino. Pero toda una noche de literatura era un horror. Y ahora para colmo un hombrecillo está tocando música clásica.

—Es mi amigo Cruges.

—¡Ah! ¿es amigo suyo? Entonces debió decirle que antes tocase el *Pirolito*.

—Me aflige usted con ese desden hacia los grandes maestros... ¿No quiere que la acompañe al carruaje? ¡Paciencia! Muy buenas noches, señora baronesa. Y Dios le alivie la jaqueca.

Ella se volvió para amenazarle con el abanico.

—No sea usted impostor. Ya sabemos que el señor Ega no cree en Dios.

—Dispense... Que el Diablo le alivie la jaqueca, señora baronesa.

El viejo demócrata se había eclipsado por discreción. Desde lejos Ega vió á Cruges que con la puntiaguda nariz pegada á un cuaderno de sonatas, tocaba sabiamente las teclas. Entonces fué adelantando por el pasillo, más desahogado ya. Circulaba un aire más fresco; las señoras, cansadas, bostezaban detrás de los abanicos.

Se detuvo junto á doña María de Acuña. Estaban junto á la marquesa de Soutal, las dos Pedrosos y Teresa Darque. La buena doña María tocóle en el brazo para saber quien era aquel médico cabelludo,

—Es Cruges, un gran maestro.

El nombre circuló entre las señoras. La composición era de él.

—Es de Beethoven, señora, la *Sonata Patética*.

Una de las Pedrosos no entendió bien el nombre de la *Sonata* y la marquesa de Soutal, muy guapa, muy seria, dijo que era la *Sonata Pateta* (necia). Estalló una de risas sofocadas. ¡La *Sonata Pateta*! ¡Aquello era divino!

Se repitió la gracia entre las otras filas de señoras, que se volvían y sonreían á la marquesa. Ella triunfaba, bella y seria, con un vestido de terciopelo, mientras un enamorado suyo, de barba gris, fijaba sobre aquellas mujeres sus grandes ojos amarillentos que centelleaban de cólera.

Crecían los murmullos. Dos caballeros habían abierto *La Tarde*. Y caído sobre el teclado con el cuello del frac que le subía hasta la nuca, el pobre Cruges sudando, indignado por aquella desatención rumorosa precipitaba las notas como en una desbandada.

—Fiasco completo—declaró Carlos, y se aproximó á Ega.

Fué para doña María de Acuña, una alegría, una sorpresa. ¡Por fin se le veía al señor Carlos de Maia, el Príncipe Tenebroso! ¿Qué había hecho durante aquel verano? Todo el mundo le esperaba en Cintra, alguien con ansiedad... Un *chit* furioso del apasionado de barbas grises la impuso silencio. Y justamente entonces Cruges, después de dos bruscos acordes, intimidado y mustio, bajaba del estrado, limpiándose el sudor de las manos con el pañuelo. Aquí y allí resonaron algunos aplausos de pura cortesía, entre un grande murmullo de satisfacción. Ega y Carlos corrieron á la puerta, donde ya esperaban el marqués, Craft y Taveira, para abrazar y consolar al pobre Cruges, que estaba todo tembloroso.

Se impuso de nuevo el silencio y un sujeto, muy delgado, muy alto, apareció en el tablado con un manuscrito en la mano. Alguien, al lado de Ega, dijo que era Prata y que iba á hablar sobre el *Estado agrícola de la provincia* de Miño. Un criado subió á colocar sobre la mesa un candelabro con dos velas. Prata, acercándose á la luz, pegó la cabeza á un cuaderno y de entre su perfil triste y las hojas largas, fué escapándose un rumor de rezo, con somnolencia de novena, donde á veces se destacaban como gemidos las palabras: "riqueza de los ganados... división de la propiedad... fértil y abandonada región..."

Comenzó entonces una desbandada furtiva que ni los *chit* del comisario del sarao, vigilante y de pie sobre uno de los escalones del estrado, podían contener. Sólo las señoras se quedaban y algún que otro burócrata que se inclinaba atento hacia el murmullo de rezo, con una mano detrás de la oreja.

Ega, que huía también al verde paraíso del Miño, detúvose enfrente del señor Guimaraes.

— Qué pesadez, ¿eh?

El demócrata convino que aquel preopinante no le parecía divertido... Después, más serio, asaltándole otra idea y cogiendo un botón del frac de Ega, dijo:

— Espero que usted no habrá quedado antes con la impresión de que yo soy solidario del modo de obrar de mi sobrino...

¡Oh, cierto que no! Ega aseguró que el señor Guimaraes no se parecía en nada á Dámaso y que no tenía hacia este ningún entusiasmo de familia.

— ¡Asco, señor, sólo asco! ¡Cuando él fué la primera vez á París, y supo que yo vivía en una buhardilla, no procuró verme! ¡Porque aquel imbécil se da

aires de aristócrata, y como usted sabe es hijo de un prestamista!

Y añadió gravemente:

— Su madre, sí. Mi hermana era de una buena familia. ¡Hizo aquel desgraciado casamiento; pero era de una buena familia! ¡Dadas mis ideas, ya usted ve que todo eso de hidalguía, pergaminos, blasones, son para mí *blague* y más *blague*! Pero en fin, los hechos son los hechos; ahí está la historia de Portugal... Los Guimaraes de Bairrada eran de sangre azul.

Ega sonrió, asintiendo cortesmente.

— ¿Y usted parte en breve para París?

— Mañana mismo, por Burdeos... Ahora que todo ese barullo del marechal de Mac-Mahon y del duque de Broglie y de Descazes ha cesado, se puede ya respirar allí...

En aquel instante Telles y Taveira, que marchaban del brazo, se volvieron á observar con curiosidad á aquel viejo austero, todo de negro, que hablaba alto con Ega de marqueses y de duques. Ega lo advirtió y como el demócrata tenía además una levita de cachemira nueva y su gran sombrero relucía, Ega quedóse aun hablando con aquel gentleman correcto y venerable que impresionaba á sus amigos.

— ¡La república, con efecto—observó Ega dando algunos pasos al lado del señor Guimaraes,—estuvo un momento comprometida!

— ¡Perdida! Y yo, mi caro señor, aquí donde usted me ve, fui expulsado á causa de unas cuantas verdades que solté en una reunión anarquista. Hasta aseguraron que en consejo de ministros, el mariscal Mac-Mahon, que es un tarambana, dando un puñetazo en la mesa, dijo: *Ce sacré Guimaran, il nous embête, faut lui donner du pied dans le de-*

rière. Yo no estaba allí, no lo sé, pero me lo afirmaron... En París, como los franceses no saben pronunciar Guimaraes y yo no quiero que me estropeen el nombre, firmo *Mr. Guimaran*. Hace dos años, cuando fui á Italia, era *Mr. Guimarini*. Y si ahora, por aquellas cosas, fuese á Rusia, sería *Mr. Guimarroff*... ¡No quiero que me estropeen el nombre!

Habían dado la vuelta al salón. Largas hileras de asientos vacíos, con la luz pesada de gas, causaban una impresión de abandono y tristeza; en el estrado, Prata continuaba, con la mano en el bolsillo y con la nariz sobre el manuscrito, sin que se oyese ahora un sonido de aquel espantajo flacucho. Pero el marqués, que se envolvía en la bufanda de seda, dijo á Ega al pasar que aquel hombrecillo era muy práctico, entendía de poda y hasta conocía á Proudhon.

Ega y el demócrata se dirigieron á paso lento á la antesala, donde crecía el rumor de las conversaciones sostenidas con calor, entre el humo de los cigarrros. El señor Guimaraes se incomodaba de que se citase á Proudhon en aquel teatrúcho, á propósito de las avenidas del Miño.

—Oh, Proudhon entre nosotros — observó Ega riendo — se cita mucho y es ya un monstruo clásico. Hasta los consejeros de Estado saben ya que para él la propiedad era un robo y Dios era el mal...

El demócrata se encogió de hombros.

—¡Gran hombre, señor! ¡Hombre inmenso! Son los tres grandes príncipes de este siglo: Proudhon, Garibaldi y mi compadre.

—¡Su compadre! — exclamó Ega atónito.

Era el nombre familiar que el señor Guimaraes daba en París á Gambetta. Gambetta no le veía una sola vez que no le gritase desde lejos en español: "¡Hombre, *compadre!*," Y él contestaba: "*Compadre. Caramba!*," Gambetta reía, porque era buen mucha-

cho, y amigo de esta franqueza del sur; como patriota no hay que decir nada.

—Inmenso, mi caro señor. El mayor de todos.

Ega hizo observar que el señor Guimaraes, dadas sus relaciones del *Rappel* debía tener culto sobre todo á Víctor Hugo...

—¡Ese, querido señor, no es un hombre, es un mundo!

Y el señor Guimaraes, poniendo la cara más grave y seria aun, añadía:

—¡Es un mundo! Aquí, donde usted me ve, no hace tres meses todavía que él me dijo una cosa que me llegó al corazón.

Viendo con deleite el interés y la curiosidad de Ega, el demócrata contó largamente aquel glorioso caso que aun le conmovía.

—Fué una noche, en el *Rappel*; yo estaba escribiendo. El apareció, ya un poco pesado, pero con los ojos brillantes de inteligencia y con aquella bondad, con aquella majestad... Yo me levanté, como si entrase un rey... No, que si hubiese sido un rey le hubiera dado un puntapié. Me levanté como si él hubiese sido un Dios. ¿Qué un Dios? ¡No hay Dios que me haga levantar! En fin, se acabó, me levanté. El se vino para mí, y haciendo con la mano un gesto así, sonriendo con aquel aire de genio que tenía siempre, me dijo: *Bonsoir, mon ami!*

El señor Guimaraes dió algunos pasos dignos en silencio, como si aquel *bonsoir*, aquel *mon ami*, así recordados, le hiciesen comprender más vivamente su importancia en el mundo.

De repente Alencar, que braceaba en un grupo, echó á andar hacia ellos, pálido, con los ojos llameantes:

—Qué me dicen ustedes de tal vergüenza...

Aquel infame hacía media hora que estaba leyendo su infolio desabrido y pesado... ¡La gente se ha ido y ya no queda nadie! Tengo que recitar mis versos á las butacas de la platea.

Y se fué rechinando los dientes á descargar más lejos su furor.

Se oyeron unos cuantos aplausos dentro y Ega se volvió. El estrado quedara nuevamente vacío, con las dos velas ardiendo en el candelabro. Un cartón con letras grandes, que un criado colocara en el piano, anunciaba un "intermedio de diez minutos", como en un circo. En aquel momento la condesa de Gouvarinho salió á la antesala del brazo de su marido, dejando atrás una larga fila de espinazos que se doblaban, saludos y cumplimientos, y sombreros de burócratas alzados en alto. El comisario del sarao afanábase en procurar dos sillas para Sus Excelencias. La condesa fué á reunirse con doña María de Acuña, á quien viera con las Pedrosos y la marquesa de Soutal, refugiadas en el hueco de una ventana.

Ega inmediatamente se acercó á aquel grupo íntimo, esperando que las señoras se besuqueasen.

—¿Está, señora condesa, conmovida aun con la elocuencia de Rufino?

—Muy cansada... Y qué calor, ¿eh?

—Horrible. La señora baronesa de Alvim, se marchó hace poco con un fuerte dolor de cabeza...

La condesa murmuró:

—Esto no es divertido. Pero en fin, ahora ya llegaremos con la cruz hasta el Calvario.

—Si fuese una cruz, señora mía,—exclamó Ega.

—Desgraciadamente es una lira.

Ella rió. Y doña María de Acuña, aquella noche, muy remozada y alegre, sonrió con aquella cariño-

sa admiración por Ega, que era uno de sus sentimientos más vivos.

—¡Este Ega!... No hay nada que le ponga de mal humor. Y dígame otra cosa, ¿qué ha hecho usted de su amigo Maia?

Ega momentos antes en el salón, pasó por junto á Carlos y habló con él. Pero con aire inocente:

—Por ahí anda—dijo.

De pronto, los ojos siempre bellos y lánguidos de doña María de Acuña fulguraron con malicia.

—Ahí tienen ustedes al príncipe Tenebroso.

Con efecto, Carlos pasaba y topó con el conde de Gouvarinho, que le esperaba con los brazos abiertos, como si hubiese renacido su antiguo cariño. Por primera vez se reían la condesa y Carlos desde la escena del coche. Ambos bajaron los ojos al tenderse la mano. Ella fué la que rompió el hielo:

—¡Qué calor! ¿Verdad?

—¡Atroz!—dijo Carlos.—Procure, sin embargo, no resfriarse estando delante de esta ventana.

Ella obligó á sus labios á sonreír:

—¿Es consejo de médico?

—No, señora; es caridad de cristiano.

Pero de pronto la condesa llamó á Taveira, reprendiéndole por no haber ido el miércoles á la calle de San Marcial. Sorprendido de tanto interés y familiaridad, muy colorado, se excusó.

No pudo de ningún modo; además, no sabía que la condesa recibiera tan pronto; el año pasado empezaron mucho más tarde sus agradables reuniones...

Calló. Gouvarinho quería que Carlos le dijese el juicio que había formado de Rufino. El conde estaba encantado. Encantado sobre todo por la *gradación*, aquel arte tan difícil de pasar de lo solemne á lo ameno, de descender del tono patético al chancero.

—He oído á todos los grandes parlamentarios,